

UN OCÉANO DE INCERTIDUMBRES: LAS ACTITUDES DE LA POBLACIÓN ESPAÑOLA EN EL FRANQUISMO «DESARROLLISTA»¹

Claudio Hernández Burgos

Universidad de Granada

chb@ugr.es

<https://orcid.org/0000-0002-4582-3313>

La política de desarrollo ha de apuntar a raíces más hondas que las puramente económicas, ha de modificar actitudes mentales.

Laureano López Rodó²

A la altura de 1958, cuando todavía no habían transcurrido dos décadas desde la finalización de la Guerra Civil, las autoridades británicas empezaban a vislumbrar los cambios que estaba experimentando la sociedad española y vaticinaban los efectos que podían tener sobre sus actitudes y comportamientos. En un informe fechado en noviembre de ese año, el embajador inglés exponía lo alejada que se encontraba aún la nación española de los estándares de vida de otros países europeos, los desequilibrios existentes entre los salarios de los trabajadores –pese a los incrementos aprobados en 1956 por el ministro de Trabajo, José Antonio Girón– y el aumento del coste de la vida y el desarrollo desigual entre las regiones industriales y agrícolas. Sin embargo, ese mismo observador señalaba que otros «lastres» de la vida económica española estaban empezando a superarse. En concreto, se refería a la reducción de la «vieja perdición» que suponía el desempleo rural, a los efectos positivos del programa de industrialización o a la auténtica «revolución

social» que estaba suponiendo la puesta en marcha de las políticas de colonización agraria, la construcción de escuelas y viviendas y la mejora de servicios y comodidades para los habitantes del campo en zonas como Aragón o Extremadura.³ Estas transformaciones, unidas al incremento de otras comodidades «poco conocidas por la sociedad años atrás» ejercían –siempre en opinión del embajador británico– un impacto importante sobre las actitudes de la gente de a pie. La mayor disponibilidad de bienes en los comercios –apuntaba– explicaba la aparición de «nuevas ambiciones» entre las clases media y trabajadora, ávidas de elevar sus estándares vitales a cotas similares a los de los ciudadanos de países vecinos. Unas ambiciones que, en su opinión, podían convertirse en un arma de doble filo para la dictadura, pues, si por una parte generaban conformismo e incluso «agradecimiento» hacia el régimen, por otra podían ser el germen de mayores demandas sociales o políticas. «Uno no puede escapar a la sensación –concluía el embajador– de que

detrás de la ausencia de descontento abierto, no hay más que apatía o resignación».⁴

Las impresiones manifestadas por la diplomacia británica resultan enormemente reveladoras, puesto que ponen de relieve el océano de incertidumbres en el que España se adentraba a finales de la década de los años cincuenta y las heterogéneas y ambivalentes respuestas que la población podía tener ante los cambios. El régimen, al igual que la sociedad, había experimentado importantes transformaciones en su retórica y trataba de adaptar sus políticas a las nuevas generaciones en diversos ámbitos. Como señalara hace tiempo Santos Juliá, al viejo caserón franquista le habían empezado a salir humedades y era necesario abrir ventanas, cambiar mobiliario y dejar correr el aire por sus habitaciones si se quería garantizar su estabilidad.⁵ La necesidad de progresivas reformas estaba motivada por diversos factores, como el contexto internacional, la creciente inserción del país en el bloque capitalista o la favorable dinámica económica que se avecinaba; pero, al mismo tiempo, era el resultado de los propios impulsos generados «desde abajo» por la población. Aquella sociedad era muy diferente a la de posguerra, la juventud no había vivido la contienda y las primeras movilizaciones laborales y estudiantiles empezaban a mostrar daños irreparables en la estructura franquista. En otras palabras, el régimen cambiaba también por las propias transformaciones sociales y por el surgimiento de nuevas mentalidades y actitudes que condicionarían su trayectoria durante su etapa final.

Este artículo tiene como objetivo explorar las actitudes populares durante la etapa del «desarrollismo» (1959-1975) combinando la mirada a los «ofrecimientos» del régimen, tanto en el campo discursivo como en el de la práctica política, con la observación de las respuestas y comportamientos sociales en un contexto marcado por cambios acelerados.

Para ello se propone una mirada «desde abajo» y «descentralizada» que pone especial énfasis en la sociedad y, en particular, en sus interacciones con la dictadura a pequeña escala, como vía preferente para analizar de manera «más densa» y cercana las experiencias personales y colectivas. Así, el análisis se apoya, además de en bibliografía especializada y prensa, en documentación archivística de diversa procedencia que nos permita captar «entre líneas» las heterogéneas actitudes sociales de la población española durante el periodo «desarrollista». La hipótesis de partida es que las actitudes de la población española durante esta etapa estuvieron condicionadas por el cambiante e incierto contexto social, económico, político y cultural que afectó a la dictadura y al conjunto de la sociedad, obligando tanto al régimen como a la ciudadanía a adaptarse y «negociar» de manera permanente. En primer lugar, el texto desgrana la retórica «desarrollista», calibrando su incidencia sobre las actitudes de la población y su relación con las expectativas de mejora extendidas entre una parte significativa de la población. A continuación, se exploran los efectos que las políticas sociales del régimen y, en particular, las concernientes a la vivienda pudieron tener sobre la generación de actitudes de consentimiento, adaptación o conformidad hacia la dictadura en este periodo, señalando igualmente sus límites. En tercer lugar, se examinan los cambios y permanencias en el discurso político del régimen y en sus estrategias de legitimidad, así como las respuestas individuales y colectivas a este. Finalmente, se presta atención al amplio rango de actitudes de «resistencia» en un contexto marcado por la creciente movilización social y la progresiva descomposición del sistema dictatorial.

El discurso y las mentalidades del desarrollismo

Desde finales de los años cincuenta a inicios de los sesenta, España experimentó un creci-

miento acelerado de su economía, elevando sus tasas de producción, productividad e inversión a índices espectaculares. Este crecimiento, posibilitado por múltiples factores, ayudó a poner los cimientos de un incipiente «Estado del bienestar», El incremento de la renta y la mejora de las condiciones de vida acrecentaron la demanda de bienes por parte de la población contribuyendo a su vez a un mayor desarrollo económico. Tan positiva dinámica, unida a las expectativas de una sociedad deseosa de progreso, ofreció al régimen una oportunidad política irrechazable para articular una nueva retórica y poner en práctica políticas que coadyuvaran a reforzar su legitimidad.⁶ Se trataba del discurso del «desarrollismo», que no era completamente nuevo pero que, desde finales de los años cincuenta había adquirido mayor realce gracias a la situación de la economía nacional, a la progresiva modernización del país y a fenómenos que, como la llegada del turismo de masas, propagaban la versión más alegre y «occidental» de la dictadura franquista.⁷ Un discurso que, además, se vio acompañado de unas políticas concretas ligadas a la planificación indicativa, similares a las ejecutadas en otras naciones capitalistas; y que trataba de mostrar al mundo la conversión «milagrosa» de España en un país «moderno».

El discurso del «desarrollismo» fue una construcción mistificada del crecimiento experimentado por el país que presentaba los logros económicos y sociales alcanzados como el resultado directo e inalienable de las políticas del régimen y, en particular, de su «Caudillo» y que se cimentaba esencialmente sobre los mitos de la «paz» y el «progreso», convertidos en pilares sustanciales para la legitimidad de la dictadura.⁸ Se trataba de poner énfasis en el «estado de obras» que simbolizaban los nuevos pilotos de la economía nacional, los tecnócratas, pero que también abrazaban los, a priori menos pragmáticos, sectores falangis-

tas.⁹ Precisamente estos últimos ya se habían percatado a finales de los años cincuenta del impacto que las transformaciones socioeconómicas estaban teniendo sobre las actitudes de la población y de la necesidad de modificar sus estrategias proselitistas. En un informe fechado en 1958, las jerarquías del partido aseguraban que se había producido un «cambio de mentalidad» entre la población que le hacía menos proclive a «compromisos políticos de signo idealista» y que, por el contrario, predominaba entre los españoles una «actitud positivista».¹⁰ No es casual, por tanto, que, aprovechando la celebración de los «Veinte Años de Paz» en 1959, los falangistas promovieran la publicación de libros conmemorativos a través de los que publicitar los avances experimentados desde la finalización de la guerra.¹¹ Tales publicaciones, difundidas a escala provincial, trataban de mostrar —con datos, estadísticas y gráficos— que «la paz interna y el orden» atribuido exclusivamente al buen hacer del dictador era la máxima responsable del «visible incremento de la prosperidad» y la elevación «del tenor de vida de los españoles».¹²

Como había ocurrido en la posguerra, la construcción retórica del «milagro español» se valía nuevamente de una comparación deformada con la etapa republicana para, de esta manera, magnificar la labor del régimen en todos los ámbitos. «Parece insospechado —afirmaba el gobernador civil de Málaga— que casi sin darnos cuenta hayamos podido gozar de este largo tiempo de bonanza [...] cuando parecía que la Patria nuestra no tenía más en el horizonte que el caos, la anarquía y la desintegración».¹³ Las propias directrices trazadas para llevar a cabo la campaña de los «XXV Años de Paz» señalaban la importancia de poner énfasis en las «dificultades del pasado», con claras alusiones a las destrucciones bélicas y a la herencia de la Segunda República, para dar mayor relevancia al progreso logrado y convertir a Franco en

único artífice del «bienestar»;¹⁴ pero también con referencias –aunque muy deformadas– a las privaciones materiales de los años cuarenta, igualmente justificadas como resultado de la experiencia republicana y de la guerra, pero fáciles de instrumentalizar por parte del Estado franquista dada su huella en la memoria popular.¹⁵

La retórica «desarrollista», por consiguiente, no operaba en el vacío, sino que trataba de atraer desde el punto de vista material, pero también emocional, a esa «mayoría silenciosa» de la población que priorizaba una existencia fundamentada en la «normalidad» vinculada al trabajo, la familia y la ausencia de sobresaltos en sus vidas cotidianas. Así, el régimen franquista pudo beneficiarse y reforzar su estabilidad gracias a una serie de actitudes que podríamos calificar *grosso modo* de conformistas. Desde el punto de vista material, la memoria asociada al hambre de posguerra resultó uno de los catalizadores fundamentales de mentalidades y comportamientos pragmáticos asociados al nuevo contexto «desarrollista». Sucesivos informes publicados por las autoridades británicas a finales de la década de los cincuenta y comienzos de los sesenta pusieron de manifiesto el calado que estos discursos podían tener entre amplias capas de la población. En 1959, por ejemplo, se mostraban convencidos de que el progreso económico podía contribuir a generar «actitudes pasivas» entre la población y, un año más tarde, se apuntaba a factores como el turismo, los efectos del Plan de Estabilización o la reducción de la inflación como elementos limitadores de la contestación social hacia la dictadura.¹⁶

La inserción de España en la incipiente sociedad de consumo fue un elemento clave en esta ecuación. Las mejoras en la alimentación y en el vestido, el acceso a comodidades hasta entonces desconocidas para muchos españoles y la llegada de los electrodomésticos a los hogares generaron nuevas expectativas entre una

sociedad deseosa de aproximarse a los estándares de vida de otros países occidentales. En una encuesta del Instituto de Opinión Pública realizada en el año 1966 se evidenciaba el creciente aumento de la sensación de necesidad de determinados productos entre la población española (ver Tabla 1). La mayor disponibilidad de bienes de consumo posibilitada por el crecimiento económico condicionó las actitudes de las capas medias urbanas, que convirtieron la acumulación de capital y el éxito personal en sus máximas vitales; pero también tuvo una incidencia notable sobre las actitudes del mundo rural, cuyos habitantes se vieron «repentinamente» envueltos en «un mundo sugestivo» al que no estaban acostumbrados.¹⁷ La compra de un piso en propiedad, de un coche o, más adelante, de un televisor, se convirtió para muchos en un símbolo de estatus social y de la nueva España «moderna» que dibujaba la retórica «desarrollista». No se trataba, por tanto, meramente de bienes materiales, sino con una carga emocional significativa para quienes, no muchos años atrás, habían conocido la miseria.¹⁸ El recuerdo de los sufrimientos padecidos durante la posguerra actuaba, de este modo, como aliado del régimen, provocando que muchas familias aceptaran el discurso oficial que vinculaba la mejora experimentada a las políticas estatales.¹⁹

Sin embargo, el calado de los mitos asociados al progreso económico no se apoyó exclusivamente en las mejoras materiales y tangibles que representaban los nuevos bienes disponibles. También –a semejanza de lo que estaba ocurriendo en otras naciones europeas– se medía en elementos inmateriales relacionados con el confort o con el disfrute del tiempo libre. En esta línea debemos entender el desarrollo experimentado por el nacionalismo banal y su difusión a través de mecanismos evasivos desde inicios de la década de los sesenta.²⁰ Al calor de las mejoras económicas, la

Proporción existente y sensación de necesidad de determinados bienes de consumo entre los españoles (1966)

Habitantes	500.000 o más		95.000-500.000		10.000 -95.000		2.000-10.000	
	Tienen %	Consideran necesario	Tienen %	Consideran necesario	Tienen %	Consideran necesario	Tienen %	Consideran necesario
Televisión	51	66	39	57	30	53	5	38
Radio	91	80	90	77	84	74	74	78
Nevera eléctrica	47	79	33	73	27	62	10	49
Nevera de hielo	31	13	18	9	8	6	5	9
Baño o ducha	59	91	57	90	47	80	18	75
Aspirador	41	32	11	26	6	20	1	12
Teléfono	53	83	33	65	21	47	8	33
Máquina de coser	76	84	75	86	68	81	54	78
Automóvil	16	32	15	28	13	24	5	16
Moto	6	10	10	10	13	10	12	21
Agua Corriente	89	99	90	100	82	98	44	99
Agua caliente o calentador de agua	40	82	38	75	34	68	9	42
Lavadora	63	83	54	85	39	79	17	50

Fuente: Encuesta Nacional de Radio y Televisión realizada por el Instituto de Opinión Pública. Madrid, IMNASA, 1966

«cultura de la evasión» adquirió entonces nuevos perfiles, especialmente a partir de la expansión del televisor en los hogares españoles. En efecto, en el transcurso de una década, la televisión se transformó en una plataforma excepcional para transmitir a la población los valores asociados al «desarrollismo» y mostrarles la existencia de una España en la que solo era necesario «dejarse llevar» por el confort y el entretenimiento. La «cultura de la evasión» fue, por consiguiente, un útil instrumento de desmovilización social que pudo tener un éxito más que notable en la difusión de actitudes conformistas y/o pasivas y que, para una parte de la sociedad, confirmaba la aproximación de los españoles a los niveles de vida de otros países vecinos.²¹

Los efectos del «milagro español»: la política de viviendas y las respuestas populares

La construcción del discurso «desarrollista» corrió paralela a una serie de políticas concretas mediante las que el Estado franquista trató de hacer ver que las palabras tenían una traducción a la práctica. Examinar los efectos que las políticas sociales tuvieron sobre las actitudes de la población es una tarea difícil de emprender por varias razones.²² En primer lugar, porque tales políticas afectaron a múltiples áreas y fueron desplegadas desde muy diferentes instituciones conllevando incluso disputas internas entre sus impulsores. En segundo lugar, porque debemos tener en cuenta que la percepción positiva de una determinada inicia-

tiva frecuentemente no fue de la mano de una identificación ideológica con los responsables de la misma y, por tanto, no pudo ser capitalizada por la dictadura para ampliar su respaldo social. Y, por último, a la hora de tratar de conceptualizar y clasificar determinadas actitudes y comportamientos hay que tomar en consideración multitud de variables, tales como la ausencia de alternativas, el pragmatismo, el ámbito de aplicación o el contexto temporal, elementos que condicionaron las respuestas populares de la población frente a las políticas del franquismo. Dada la amplitud que requiere examinar los efectos de las políticas sociales²³ —relativas a ámbitos como el sanitario, el laboral o el tiempo libre—, en estas páginas nos referiremos exclusivamente a las políticas relacionadas con la vivienda, puesto que nos permitirá examinar en detalle la capacidad y los límites de la dictadura para generar consentimiento social y las respuestas populares frente a las iniciativas oficiales.

Como recientemente se ha señalado, las políticas franquistas de la vivienda no han sido objeto preferente de atención por parte de la historiografía y, dentro de este vacío, es aún menor la investigación dedicada al periodo «desarrollista».²⁴ Del mismo modo, aunque se ha explorado el potencial propagandístico que para el régimen tuvo la construcción de viviendas²⁵ —en especial de las llamadas «casas baratas» y de los poblados levantados por el Instituto Nacional de Colonización—, no se han evaluado, al menos en profundidad, los efectos que la política estatal en este campo pudo tener sobre la generación de actitudes de consentimiento, aquiescencia y conformismo entre algunos sectores de la población.²⁶ Ya a mediados de la década de los cincuenta, las autoridades británicas constaban los beneficios que las construcciones de inmuebles podían tener para la dictadura como consecuencia de la experiencia de escasez de posguerra. En concre-

to, señalaban que, si bien la cifra de 110.000 viviendas anuales para una población estimada de 29 millones podía resultar «no muy elevada», resultaba considerable «para el nivel de vida de los españoles».²⁷ El recuerdo de la miseria se convirtió, una vez más, en aliado del régimen, haciendo que los efectos de la política en materia de vivienda fueran mucho mayores de lo que estadísticamente representaban.

La propaganda oficial fue un arma esencial en este campo gracias a plataformas como la radio, la prensa y la televisión. En las grandes campañas orquestadas durante esta década, la vivienda ocupó un espacio protagonista, lo cual —en consonancia con otros ingredientes del discurso «desarrollista»— pudo tener efectos positivos para la generación del consentimiento hacia la dictadura.²⁸ Las inauguraciones de grupos de viviendas fueron además un espacio privilegiado para promocionar la labor constructora de la dictadura y perpetuar el mito del «Caudillo» como único responsable del progreso alcanzado.²⁹ En sus memorias anuales, los gobernadores civiles de provincias como Granada o Almería, por ejemplo, destacaron el agradecimiento de la población ante la entrega de viviendas o el recibimiento «apoteósico» y «entusiasta» dispensado al dictador o a las autoridades franquistas a su llegada a una pequeña localidad.³⁰ No es de extrañar que, desde la diplomacia británica, se afirmara que, gracias a estas políticas, muchos españoles aceptaban «el régimen, quizás no entusiastamente, pero ciertamente no resignadamente», reconociendo «el progreso realizado».³¹

La eficacia de la propaganda en relación con la vivienda y su calado entre la población debemos atribuirlo a diferentes factores, pero, en líneas generales, todos ellos están vinculados al mísero nivel de partida y al recuerdo de la escasez de posguerra. En el contexto del «desarrollismo», el acceso a una vivienda en propiedad pudo ser percibido con satisfacción

tanto por sectores urbanos como rurales que veían en ello la evidencia de una mejora palpable de su situación, tras años de predominio del alquiler social.³² Tanto en algunos barrios de las ciudades como, de manera acusada, en muchos núcleos rurales, la vivienda había sido, junto con la alimentación, una de las principales preocupaciones de las familias. Las deficiencias, el hacinamiento o la falta de servicios y equipamiento constituían lacras tristemente comunes entre la sociedad. En algunas áreas del país, la presencia de cuevas, chabolas y otras «infraviviendas» resultaba una realidad habitual, desmintiendo las promesas de «pan y lumbre» realizadas por Franco al término de la guerra.³³ Así, no resulta arriesgado asegurar que el acceso a viviendas de mejor calidad, más luminosas y equipadas, pudo tener efectos beneficiosos para la estabilidad del régimen y generar un cierto agradecimiento hacia instituciones que, como la Obra Sindical del Hogar o el propio Ministerio de Vivienda, se erigían como constructores de vivienda pública en España.³⁴ Una percepción positiva compartida por colectivos muy heterogéneos que iban desde los emigrantes en las grandes ciudades, a los habitantes de los pueblos levantados bajo el patronato del Instituto Nacional de Colonización, pasando por los habitantes de viviendas más humildes en las remotas áreas rurales del país.³⁵

Añadamos a ello, que esta política constructora le permitió a la dictadura difundir otros valores y hábitos asociados a la retórica del «progreso» que tenían en la vivienda uno de sus principales ejes. Se trataba de elementos vinculados a la «cultura de la propiedad» y escenificados en la creación del «hogar desarrollista» que condensaba todos los ingredientes del estado del bienestar común al mundo occidental.³⁶ La posesión de una vivienda y su equipamiento con los flamantes electrodomésticos y nuevas comodidades asociadas al proceso de modernización nacional se convirtieron enton-

ces en elementos generadores de mentalidades y actitudes más pasivas, apenas críticas con las deficiencias aún existentes. Y, además, a la par que el espacio doméstico se transformaba en un lugar donde disfrutar del tiempo libre y del confort, se contribuía a la difusión de valores autoritarios y patriarcales que, en muchos casos, contribuían a la difusión de actitudes resignadas o, al menos, despolitizadas.³⁷

Pese a todo, los mismos elementos que moldeaban actitudes beneficiosas para la dictadura, pueden servir para analizar las limitaciones de las políticas oficiales. En primer lugar, los estudios disponibles señalan que, si bien la labor constructiva de la dictadura pudo ampliar el respaldo social, la asignación de una vivienda o terreno no siempre se tradujo en agradecimiento y apoyo al régimen. Por el contrario, muchos situaron el esfuerzo personal en un primer plano a la hora de explicar las razones de su progreso social. En la memoria popular de quienes se vieron beneficiados con una vivienda, persiste con frecuencia la sensación de que la mejora de sus condiciones de vida y de la habitabilidad de sus viviendas fue esencialmente debida al trabajo duro y al sacrificio individual, rechazando, por consiguiente, la hipótesis de que su situación fuera el resultado de una dádiva otorgada por el régimen.³⁸

En segundo lugar, como ocurría en otros ámbitos, eran muchos los que desconfiaban del proceso de asignación de viviendas y se hacían eco de los «enchufes» para lograrlas. La pertenencia a las estructuras de poder del régimen —ya fuera a Hermandades de Labradores y Ganaderos, a la Organización Sindical o a otra institución— fue, en general, percibida como una ventaja esencial para conseguir una casa, pese a que oficialmente la asignación se hacía mediante sorteo público. Además, la existencia de una serie de requisitos morales y políticos para los candidatos a hacerse con una vivienda, extendió la percepción de que el fraude formaba parte

fundamental del proceso.³⁹ Prueba de ello es que el propio lenguaje empleado por quienes se dirigían a las autoridades para pedir un trato de favor en este campo utilizaba esquemas que dejaban entrever el conocimiento de la corrupción que afectaba a la asignación de viviendas. El alcalde de Granada, por ejemplo, fue el destinatario de numerosas cartas en las que los ciudadanos solicitaban su influencia en el proceso, apelando a su identificación con la dictadura, su pasado político o su solvencia moral.⁴⁰

Por último, no debemos pasar por alto que en buena medida el alcance de las políticas de vivienda del régimen quedó ensombrecido por las propias fallas del «desarrollismo». La distancia entre la propaganda oficial y la realidad social resultó, especialmente en algunas zonas, abismal. Las autoridades de algunas regiones españolas reconocían en sus informes las carencias que afectaban a la vivienda de la población, en particular en el mundo rural, donde los hogares apenas contaban con comodidades.⁴¹ En el sureste peninsular, por ejemplo, la existencia de cuevas y viviendas antihigiénicas era aún visible a mediados de la década de los sesenta e, incluso, en los setenta.⁴² Como en otros ámbitos, los desequilibrios del «desarrollismo» se hacían especialmente palpables en los barrios periféricos de las urbes y en las remotas poblaciones, coadyuvando así a la extensión del malestar y de actitudes disconformes que, en muchos casos, se tradujeron en movilizaciones contrarias a la permanencia de la dictadura.⁴³ La modernización de la que aparentemente disfrutaban algunos sectores sociales aún resultaba desconocida para muchos españoles.

La construcción de la España de la «paz» y las actitudes de la población

Resulta difícil deslindar el discurso de la «paz» construido por el franquismo de la retórica «desarrollista» asociada al crecimiento

económico experimentado por el país durante la década de los sesenta. Tampoco es sencillo hacerlo con las actitudes de la población, ya que las mejoras experimentadas en sus condiciones vitales condicionaron muchas veces sus mentalidades y actitudes sociopolíticas. No obstante, deconstruir los elementos que dieron forma a la «paz» franquista puede ofrecernos las pistas necesarias para acercarnos, aunque sea especulativamente, a qué pensaron y, sobre todo, a cómo se comportaron los españoles durante esta etapa.

La apelación a la supuesta «paz de Franco» había estado presente desde la misma finalización de la guerra en 1939 y, aún más, a partir de 1945, cuando se construyó el relato mitificado de Franco como garante de la neutralidad de España durante la Segunda Guerra Mundial.⁴⁴ La novedad de este discurso en el contexto del «desarrollismo» consistió más bien en la exaltación de esa «paz» como catalizadora del «progreso» social y económico experimentado por España y en el protagonismo que adquirió como mecanismo de legitimación política.⁴⁵ Sin embargo, esta retórica dibujaba una reconciliación con condiciones en la que la Guerra Civil o la memoria negativa de la Segunda República estaban muy presentes.⁴⁶ Coincidiendo con el vigésimo aniversario de la «victoria», en las páginas de *ABC* se articulaba un discurso repleto de todos los mitos franquistas. Por un lado, se recordaba que la paz no era «un regalo, sino fruto de unos años de lucha y sacrificio» y, en concreto, del «millón de españoles muertos que cayeron para liberar a la Patria de la miseria, de la esclavitud y del vilipendio». Por otro, se reconocía el sufrimiento de posguerra y «el trabajo incesante de los españoles para salvar enormes dificultades», pero afirmando que estas eran la «secuela de los inmensos desaciertos, devastaciones y latrocinios de la revolución marxista y republicana».⁴⁷ En definitiva, la concepción de la guerra como cimiento de la

paz y la estigmatización de la etapa republicana conformarían los ejes fundamentales en torno a los que giraría esta retórica que, pese a sus claras deformaciones y manipulaciones, tuvo un calado social muy relevante.

Para calibrar, si quiera de manera especulativa, la capacidad de atracción del discurso de la paz y de los mitos asociados a este entre la sociedad española, hemos de tomar en consideración dos elementos. De una parte, el hecho de que el régimen se benefició durante los años sesenta de nuevas plataformas para la difusión de esta retórica y encontró —en consonancia con la bonanza económica experimentada en esta década— nuevas vías para, si no aumentar su apoyo social, sí al menos generar actitudes y comportamientos favorables a su estabilidad política. De manera destacada, la dictadura se valió de los medios de comunicación de masas y, en especial, de la televisión, como un mecanismo para transmitir valores vinculados al discurso de la «paz», logrando con ello que una parte significativa de la población aceptara, al menos parcialmente, el relato oficial en los términos que se lo presentaba el régimen. Es el caso de series como *Crónicas de un pueblo*, pero también de concursos televisivos y musicales aparentemente asépticos y que —en línea con otros países— promocionaban una programación evasiva que alentaba la despreocupación social.⁴⁸

De otra parte, no podemos olvidar que la retórica de la «paz» convergía —del mismo modo que la del «progreso»— con el sentir de una proporción muy considerable de la población española. En este último sentido, resulta esclarecedor el miedo que los españoles «corrientes» manifestaban frente a lo que consideraban incursiones políticas. Un miedo que, paralelamente, era alimentado por los propios planificadores del «desarrollo», que trataban de transmitir a la población los beneficios de una sociedad sin política. Como ocurre con otros

elementos, interpretar la despolitización como un factor beneficioso o perjudicial para el régimen no es una tarea sencilla, pero podemos formular hipótesis a partir de la percepción de las autoridades oficiales y externas. El peso dejado por la violencia de guerra y posguerra y por el hambre, el discurso antirrepublicano y los intensos deseos de normalización de sus vidas cotidianas, actuaron como catalizadores de actitudes pasivas, resignadas y reacias a la participación política durante la década de los cuarenta.⁴⁹

Pese a todo, estas actitudes conservaron un peso relevante durante las siguientes décadas. El atraso en el que vivía el mundo campesino se convirtió en un aliado para la estabilidad del régimen. El analfabetismo, el desempleo rural y la carencia de expectativas que daban forma a la monotonía cotidiana se extendieron entre los habitantes del campo. Las responsables de las cátedras ambulantes de la Sección Femenina culpaban a los «feudalismos opresores» de la «apatía» o la «dejadez» que mostraba la población ante las iniciativas que les proponía el régimen.⁵⁰ Del mismo modo, las autoridades de la Hermandad Obrera de Acción Católica destacaban en sus informes el «pesimismo conformista» que caracterizaba al mundo rural, especialmente en regiones como Andalucía, donde el carácter «alegre y resignado» de sus gentes se traducían en «despreocupación» hacia todo lo que no tuviera que ver con su existencia diaria.⁵¹ La aversión hacia «los que tienen ideas» se volvió una constante entre una parte de la población campesina, reticente a participar en cualquier iniciativa que pudiera suponer «meterse en problemas». Por supuesto, estas actitudes resignadas se prestan a dobles lecturas y no deben ser interpretadas exclusivamente como aceptación pasiva de las circunstancias. Por el contrario —como han señalado algunos estudios antropológicos— bajo la aceptación aparentemente conformista de la situación,

existían sentimientos de malestar popular respecto a las condiciones de vida o la falta de representación política.⁵²

Sin embargo, no es menos cierto que existían factores fundamentales para que este tipo de actitudes se generalizaran entre una proporción muy significativa de la sociedad española. De todos ellos quizás el más relevante fue la memoria de la guerra civil y, con ello, el rechazo a todo aquello que pudiera conducir a un nuevo conflicto armado. El informe preliminar del Banco Mundial, fechado en 1958, calificaba la situación política del país como «estable», apuntando que sus informantes compartían la opinión de que «el pueblo español deseaba, por encima de todo, evitar un nuevo conflicto civil»⁵³. En términos similares se expresaron los observadores británicos. En 1960, por ejemplo, señalaban que los españoles estaban decididos «a evitar otra guerra civil a cualquier coste». Casi una década y media después, en 1974, reconocían que, aunque existía un descontento cada vez mayor con el régimen, había una parte de la sociedad que creía «firmemente» que «cualquier debilitamiento del sistema» podría ser «el primer paso para una nueva guerra»⁵⁴. Desde esta perspectiva, la dictadura era concebida muchas veces como un «mal menor» y un dique de contención frente al fantasma de un pasado trágico y violento. Evidentemente se trataba de una percepción mediada por el discurso oficial, por la memoria negativa de la Segunda República y de los episodios anticlericales, pero también por las secuelas de la propia contienda, como habían sido el hambre o la violencia de posguerra. Factores que, en su conjunto, ayudan a explicar las mentalidades reflejadas por las encuestas sociológicas llevadas a cabo –con evidentes limitaciones– durante los años sesenta y setenta y en las que elementos como la paz, el orden público o la calma social aparecían como valores especialmente estimados por el grueso del cuerpo social.⁵⁵

No es sorprendente, por tanto, que la imagen de una sociedad despolitizada y poco proclive a la alteración de la «paz social» se extendiera entre las autoridades franquistas durante los años sesenta y setenta. Así puede deducirse de las impresiones ofrecidas por los gobernadores civiles.⁵⁶ Por ejemplo, el de Valencia señalaba en 1960 que la provincia vivía una «situación de paz, totalmente exenta de conflictos» y, dos años más tarde, su colega de Segovia definía el panorama político de la región como «tranquilo y normal».⁵⁷ En 1963, el gobernador civil de Jaén utilizaba la palabra «abulia» para referirse a la situación político-social de la provincia y, en esta misma línea, se expresaban las autoridades almerienses, indicando que la apatía era la nota predominante en el día a día de la población.⁵⁸ Aunque los informes de las jerarquías franquistas fueron constatando internamente el aumento del malestar social, de la conflictividad laboral y de la «subversión» –sobre todo en diversas áreas del país–, no es menos cierto que esta preocupación se combinaba con juicios más optimistas para el régimen, como los transmitidos, por ejemplo, por el gobernador civil de Guipúzcoa en 1972, quien, aun reconociendo la incidencia de las actividades de ETA sobre el orden público, manifestaba sus «favorables impresiones» al poder central.⁵⁹

Verdades a medias: los límites de la apatía y de la desmovilización social

Esas «favorables impresiones» plasmadas en la memoria anual de 1972 por el gobernador civil de Guipúzcoa y calcadas a las que otras autoridades del régimen, al analizar la situación de las provincias bajo su mando, constituían en realidad una visión sesgada de la realidad. Ellos mismos, al trazar la panorámica del ambiente político y social, dejaban entrever las ambiguas interpretaciones a las que se prestaba la «apatía social» reinante. La despolitización y la escasa proclividad para involucrarse en asuntos

políticos constituían elementos que, a priori, beneficiaban la permanencia de las estructuras franquistas y la continuidad de los mismos patrones de «convivencia», pero se trataba de una estabilidad enormemente frágil. La reducida capacidad de la dictadura para generar apoyo social, manifestada ya desde la década precedente, se hizo especialmente ostensible en los años finales de la dictadura, demostrando que actitudes como la indiferencia, la resignación o la pasividad no eran suficientes para la supervivencia del régimen, sobre todo una vez se produjera la inexorable desaparición del dictador. En esencia, la confianza en que las actitudes de la población y la aversión generalizada frente a la política garantizaban la pervivencia del régimen; en la eficacia de la retórica «desarrollista», los efectos del «progreso» y los mecanismos evasivos; o en la pervivencia de los mitos sobre los que se alzaba la legitimidad de la dictadura, constituían solo verdades a medias.

En primer término, la apuesta del franquismo por esa sociedad «sin política» en la que se invitaba a los españoles a disfrutar de los frutos del «desarrollismo» y a despreocuparse de los asuntos oficiales, empezó a mostrar algunos fallos de cálculo. Las instituciones encargadas de ensanchar las bases de la dictadura, especialmente las ligadas a Falange, atravesaron durante estos años enormes dificultades. La capacidad proselitista de organizaciones como Sección Femenina, el Sindicato Español Universitario, las Obras Sindicales o el Frente de Juventudes disminuyó de manera considerable. Pese a los notables intentos por rearmar ideológicamente sus actividades, los ciudadanos las percibieron progresivamente como meras proveedoras de determinados «servicios» que, a lo sumo, perseguían una vaga e inofensiva nacionalización banal. Así, los campamentos de la Organización Juvenil Española, las cátedras de la Sección Femenina o las residencias sindicales ofertadas por «Educación y Descanso» se

llenaron de beneficiarios seducidos más por el hecho de que sus actividades suponían salir de la tediosa rutina cotidiana que marcaba su existencia, que por una atracción real hacia sus propuestas políticas.⁶⁰

Por lo general, las actitudes de los españoles se aproximaron más a una mentalidad pragmática que a un compromiso ideológico. Una tendencia que en gran medida constituía el efecto indeseado de la apuesta por la despolitización realizada por el régimen y que se reflejaba en el escaso éxito de los falangistas para generar apoyo social y actitudes favorables hacia el sistema franquista;⁶¹ pero que, al mismo tiempo, se plasmaba en las percepciones de otros sectores –pertenecientes o no al régimen– que veían igualmente mermada su capacidad proselitista. Es el caso, por ejemplo, de la Hermandad Obrera de Acción Católica que, en no pocas ocasiones, puso de manifiesto las crecientes dificultades que tenía para llegar a la «masa obrera» debido a factores tales como sus condiciones económicas, su bajo nivel cultural o su resistencia a involucrarse políticamente.⁶² Y, también, de los partidos y organizaciones de la oposición. En las cartas enviadas a Radio Pirenaica, fueron habituales las quejas ante lo que se consideraban actitudes conformistas y resignadas por parte de jornaleros y obreros y que se achacara la «inacción» de la gente al «susto» –como señalaba un trabajador comunista en un escrito del año 1966– y a la eficacia de los mecanismos de evasión propagados por el régimen.⁶³ Como había recogido el escritor Juan Marsé en su viaje por Andalucía en 1962, cuando visitó una taberna de Jerez de la Frontera, pese a su evidente malestar, la mayoría de los hombres de la localidad eran «apolíticos por temperamento» y de nada servirían sus «quejas» si seguía predominando el «inmovilismo».⁶⁴

Sin embargo, el plan franquista de fiar su supervivencia a los efectos del «desarrollismo»,

la valorización de la «paz» y el desinterés por la política también comenzó a mostrar sus fisuras por otros flancos. El relevo generacional, el mayor contacto con el exterior, las deficiencias y desequilibrios del proceso modernizador, el rearme de las organizaciones de la oposición y el crecimiento de la protesta ante la ausencia de libertades fueron, entre otros, factores generadores de nuevas actitudes y comportamientos indeseados por la dictadura. La «dictadura desarrollista» que negaba derechos civiles y democráticos a cambio de «progreso» era a ojos de muchos ciudadanos una falacia. Resulta en este sentido muy revelador un informe de la diplomacia británica en el que se señalaba rotundamente: «Nadie quiere otra guerra civil, pero todo menor de 50 años quiere aire fresco». ⁶⁵ Fruto del relevo generacional que estaba experimentando el país, una parte de la sociedad —entre quienes se encontraban «hijos de los vencedores» de la guerra— empezaba a poner en cuestión la imagen de Franco como única garantía para la evitación de una nueva contienda. En esta línea se había expresado el embajador británico en 1957 cuando sostenía rotundamente que «ya no se acepta de manera universal que la única alternativa a Franco sea la guerra civil». ⁶⁶

La atenuación de la memoria traumática de la guerra fue una palanca esencial para el surgimiento de mayores demandas de libertades y tolerancia política. Las mismas encuestas que apuntaban a la estimación de la estabilidad y al rechazo a la confrontación política, también indicaban el fortalecimiento de valores democráticos como la justicia o la libertad. ⁶⁷ Al mismo tiempo que existían sectores agradecidos al régimen por la estabilidad y el crecimiento económico, crecían las voces de quienes rechazaban los mitos difundidos por la propaganda franquista y reclamaban mayor apertura política. ⁶⁸ En un escrito enviado a Radio España Independiente en 1964, un vecino de Ceuta,

apelando a la miseria experimentada durante su infancia en la posguerra, afirmaba que era «absurdo hablar de XXV Años de Paz», debido a «la escasez de salarios, de vivienda digna, falta de libertades, etc.». ⁶⁹ La escasísima sensibilidad del régimen hacia las reivindicaciones sociales y su control casi exclusivamente mediante mecanismos represivos generó, además, un malestar creciente entre la población. Las cartas enviadas a «La Pirenaica» durante los años sesenta pusieron de relieve la creciente percepción popular de que la dictadura había intensificado el uso de la violencia para contener la «subversión» y de la injusticia que caracterizaba muchas de sus acciones. ⁷⁰

La extensión de este tipo de actitudes, además, se vio propulsada por el aumento progresivo de la movilización social, especialmente en el terreno sociolaboral, donde la conflictividad fue *in crescendo* durante las décadas de los sesenta y setenta. El aumento de la protesta y la sucesión de episodios huelguísticos de cierta magnitud desembocó, en primer término, en un aumento de la concienciación de los sectores obreros y jornaleros. En un informe del gobernador civil de Tarragona motivado por las huelgas de Asturias de 1962, la primera autoridad provincial calificaba la calma reinante en la provincia como «aparente» y alertaba de la necesidad de observar las «reacciones y actitudes» de los trabajadores por el «relativo interés» con el que habían seguido las protestas. ⁷¹ Diez años más tarde, las jerarquías franquistas en Barcelona informaban de que, pese a que los activistas no eran especialmente numerosos habían conseguido «sensibilizar en su espíritu de solidaridad» a la masa industrial trabajadora. ⁷² El aumento de las actitudes, si no implicadas sí simpatizantes con las reivindicaciones sociales y políticas, era un fenómeno que afectaba también al atrasado mundo rural. Como señalaba un informe referido a la campaña sevillana, la masa obrera agrícola «con jornales bajos, paro

estacional y gran ignorancia, ha sido y es campo abonado para la agitación». ⁷³ Incluso aquellos oasis aparentemente despolitizados que la dictadura contraponía a las «subversivas» urbes «envenenadas» por el marxismo, asistían al aumento de la conflictividad, propiciado por la labor de nuevos actores «democratizadores» y por nuevas mentalidades más proclives al cambio político y social. ⁷⁴ La construcción de la democracia sería un proceso lento, sobre todo en el plano local, pero la existencia de actitudes y prácticas «cívicas» evidenciaba el retroceso de los valores defendidos por la ideología oficial y el papel que la sociedad estaba jugando en las transformaciones que afectaban al conjunto del país. ⁷⁵

Conclusiones

El presente texto ha tratado de ofrecer una visión compleja y alejada del binomio que durante mucho tiempo ha marcado los estudios en torno a las actitudes sociales y políticas de la población española durante el franquismo: el de consenso-resistencia. El cambiante y convulso contexto sociopolítico y cultural de los años sesenta constituye un terreno idóneo para demostrar que las visiones dicotómicas simplifican una realidad que presentó muchas más tonalidades. Como hemos observado, las actitudes de los españoles no siempre respondieron a patrones predecibles o a lo esperable de su condición social o ideológica. Tampoco un mismo individuo restringió sus actitudes al «consentimiento» o la «resistencia», sino que pudo combinar al mismo tiempo opiniones enfrentadas y aparentemente contradictorias o modificar una percepción determinada con el transcurso de los años o influido por una circunstancia externa. Al mirar al plano cotidiano y al tratar de escudriñar los resquicios que lo caracterizan, observamos actitudes y comportamientos grises, difícilmente de conceptualizar y de categorizar que convierten a este campo

de estudio en un terreno de incertidumbres. Si a ello le unimos la carencia de «fuentes propias» de las que poder extraer conclusiones fiables sobre las actitudes populares, el resultado es una cierta desazón.

No cabe duda de que, al adentrarnos en la investigación de las actitudes sociales y políticas durante el «desarrollismo», lo hacemos mediante elucubraciones que difícilmente podrán condensar la riqueza y variabilidad que caracterizaron las interacciones cotidianas entre la población y las autoridades estatales. Muchos ámbitos, que no han sido tratados en este artículo por razones de espacio, podrían igualmente ayudar a estudiar las actitudes de los españoles durante el periodo. Sin embargo, no es menos cierto que el mero hecho de interrogarse por las respuestas de la población, por el qué pudieron pensar los ciudadanos respecto a ciertas propuestas oficiales, por los cambios en sus mentalidades y las motivaciones que se esconden detrás de sus decisiones, es hacerlo paralelamente por el funcionamiento del régimen. No es casual que el campo de las actitudes sociales haya sido uno de los que más hayan contribuido a nuestro conocimiento sobre cuestiones tales como el proceso de construcción de la dictadura, el despliegue de la violencia «desde abajo», la vida cotidiana de la guerrilla antifranquista, la nacionalización de los españoles o el rol de la sociedad civil en el desarrollo de la democracia durante los últimos años del régimen.

Superar las incertidumbres en este campo debería ser, a mi juicio, el siguiente reto. Quizás haya llegado el momento —como hace tiempo plantearon los historiadores e historiadoras ligadas a la *Alltagsgeschichte*— de empezar a preguntarse menos el por qué hacen los sujetos históricos lo que hacen y prestar mayor atención a cómo hacen lo que hacen, es decir, desplazar el foco de las motivaciones a las prácticas. Examinar las «tácticas», «armas», las

«negociaciones» y los procesos de «(co)producción» elaborados en el día a día por los sujetos para apropiarse de la realidad en la que viven nos acercará más a las «experiencias vividas» y a ese franquismo que se volvió cotidiano en el día a día de la población.

FUENTES

Archivo de la Hermandad Obrera de Acción Católica
 Archivo del Partido Comunista de España
 Archivo General de la Administración
 Archivo Histórico Municipal de Granada
 Fundación Nacional Francisco Franco
 Real Academia de la Historia, Fondo Nueva Andalucía
 The National Archives of United Kingdom

BIBLIOGRAFÍA

- AGUILAR FERNÁNDEZ, Paloma. *Memoria y olvido de la guerra civil española*, Madrid, Alianza, 1996.
- AGUILAR LÓPEZ-BARAJAS, José Luis, «Microhistoria del turismo falangista. Agencia, caridad y privilegios en el segundo franquismo», *Hispania*, 81-269, 2021, pp. 767-795
- BARRERA LÓPEZ, Begoña, *La Sección Femenina, 1934-1977: historia de una tutela emocional*, Madrid, Alianza, 2019.
- CABEZASVEGA, Laura, «La vivienda en los pueblos de colonización de Granada» en HERNÁNDEZ BURGOS, Claudio y ROMÁN RUIZ, Gloria (eds.), *La tierra prometida. Historia y memoria de la colonización franquista en la provincia de Granada*, Granada, Comares, 2023, pp. 107-129.
- CANDEL, Francisco, *Apuntes para una sociología del barrio*, Barcelona, Ediciones Península, 1972.
- CANDELA OCHOTORENA, José, *Del pisito a la burbuja inmobiliaria. La herencia cultural falangista de la vivienda en propiedad, 1939-1959*, Valencia, PUV, 2019.
- CASTRO DÍEZ, María Asunción y DÍAZ SÁNCHEZ, Julián (eds.), *XXV años de paz franquista. Sociedad y cultura en España hacia 1964*, Madrid, Sílex, 2017.
- CAZORLA, Antonio. «La paz: necesidad y usos de un mito político (1936-1978)», en LEMUS LÓPEZ, Encarnación y QUIROSA CHEYROUZE Y MUÑOZ, Rafael. (coords.), *La Transición en Andalucía*, Almería y Huelva, Universidad de Almería y Universidad de Huelva, 2002, pp. 101-104.
- CAZORLA, Antonio, «Orden, progreso y sindicalismo: cómo vieron las autoridades franquistas el cambio socioeconómico», en TOWNSON, Nigel (ed.), *España en cambio. El segundo franquismo. 1959-1975*, Siglo XXI, Madrid, 2007, pp. 87-102.
- CAZORLA, Antonio, *Fear and Progress. Ordinary Lives in Franco's Spain, 1939-1975*, Chichester, Wiley Blackwell, 2010.
- CAZORLA, Antonio, *Franco: The Biography of the Myth*, London, Routledge, 2013.
- DE DIOS FERNÁNDEZ, Eider, «Domesticidad y familia: ambigüedad y contradicción en los modelos de feminidad en el franquismo», *Feminismos*, 23, 2014, pp. 23-46
- DEL ARCO BLANCO, Miguel Ángel y ROMÁN RUIZ, Gloria, «La casa se cae sola. Infravivienda, hambre y enfermedad durante el franquismo» en LANERO TÁBOAS, Daniel (ed.), *De la chabola al barrio social. Arquitecturas, políticas de vivienda y actitudes de la población en la Europa del sur (1920-1980)*, Granada, Comares, 2020, pp. 79-98.
- DELEGACIÓN NACIONAL DE PROVINCIAS, *Actividades generales para las jefaturas provinciales y locales del movimiento*, Madrid, Estades Artes Gráficas, 1959.
- FANDIÑO, Roberto, «La vivienda como objeto de propaganda en el Logroño del primer franquismo», *Berceo*, 136, 1999, pp. 175-192.
- FERNÁNDEZ CARBAJAL, Alfonso. «La política de vivienda en España durante el franquismo», *Ciudad y Territorio. Estudios Territoriales*, XXXV-138, 2003, pp. 639-654.
- FERRER GONZÁLEZ, Cristian, «Patronos, jerarcas y franquistas Actitudes y recursos coercitivos ante el surgimiento de la protesta obrera, 1962-1976», *Páginas*, 12-28, 2020, <https://revistapaginas.unr.edu.ar/index.php/RevPaginas>
- FOESSA, *Informe sociológico sobre la situación social de España*, Madrid, Euroamérica, 1966.
- FOESSA, *Informe sociológico sobre la situación social de España*, Madrid, Euroamérica, 1970.
- FUERTES MUÑOZ, Carlos, *Viviendo en dictadura: la evolución de las actitudes sociales hacia el franquismo*, Granada, Comares, 2017.

- FUERTES MUÑOZ, Carlos, «Vivienda y actitudes sociales en la dictadura franquista: El consentimiento y sus límites», en LANERO TÁBOAS, Daniel (ed.), *De la chabola al barrio social. Arquitecturas, políticas de vivienda y actitudes sociales en la Europa del Sur (1920-1980)*, Granada, Comares, 2020, pp. 209-226.
- GIL PÉREZ, Ignacio, «La España del Desarrollismo vista desde el interior de su vivienda. Los habitantes de la cocina: Roles cambiantes en un espacio en transformación», en IBARRA AGUIRREGABIRIA, Alejandra (coord.), *No es país para jóvenes. Actas del III Encuentro de Jóvenes Investigadores de la AHC*, Universidad del País Vasco, Vitoria, 2012 [cd-rom].
- GINER, Salvador (dir.), *España: sociedad y política*, Tomo I, Madrid, Espasa Calpe, 1990.
- GONZÁLEZ MADRID, Damián A. y ORTIZ HERAS, Manuel, «La dictadura de la miseria. Políticas sociales y actitudes de los españoles en el primer franquismo», *Historia Social*, 88, 2017, pp. 25-46.
- GUTIÉRREZ LOZANO, Juan Francisco, «Football and bullfighting on television: Spectacle and Spanish identity during Franco's dictatorship», en GODDARD, Peter (ed.), *Popular Television in Authoritarian Europe*, Manchester, Manchester University Press, 2013, pp. 17-35.
- HERNÁNDEZ BURGOS, Claudio, *Franquismo a ras de suelo. Zonas grises, apoyos sociales y actitudes durante la dictadura (1936-1976)*, Granada, Editorial de la Universidad de Granada, 2013.
- HERNÁNDEZ BURGOS, Claudio, «En busca de la paz prometida. actitudes de normalización durante el primer franquismo (1936-1952)», *Ayer*, 104, 2016, pp. 177-201.
- HERNÁNDEZ BURGOS, Claudio, «Una España sin preocupaciones: cultura de la evasión, nacionalismo banal y ocio en el franquismo» en ID. y PRIETO BORREGO, Lucía (eds.), *Divertirse en dictadura. El ocio en la España franquista*, Madrid, Marcial Pons, 2024.
- HERRERA GONZÁLEZ DE MOLINA, Antonio, «Otra lectura de la Transición Española es posible. La democratización del mundo rural», *Ayer*, 74, 2009, pp. 219-240.
- HOFMANN, Anna Catharina, *Franco's Moderne. Technokratie und Diktatur in Spanien 1956-1973*, Gotinga, Wallstein Verlag, 2019.
- JULIÁ, Santos, «Lo que a los reformistas debe la democracia española», *Revista de Libros*, 139-140, 2008, pp. 263-271.
- LANERO TÁBOAS, Daniel, «Franquismo y política social: una aproximación a las políticas de vivienda y asistencia sanitaria», *Historia del Presente*, 38, 2021, pp. 31-47.
- LANERO TÁBOAS, Daniel, «Las 'políticas sociales' del franquismo: las obras sindicales», en DEL ARCO BLANCO, Miguel Ángel et al. (eds.), *No solo miedo. Actitudes políticas y opinión popular bajo la dictadura franquista (1936-1977)*, Granada, Comares, 2013, pp. 127-142.
- LÓPEZ PINA, Antonio y ARANGUREN, Eduardo, *La cultura política en la España de Franco*, Madrid, Taurus, 1976.
- LÓPEZ PINTOR, Rafael y BUCETA, Ricardo, *Los españoles de los años 70. Una versión sociológica*, Madrid, Tecnos, 1975.
- LÓPEZ PINTOR, Rafael, *La opinión pública española: del franquismo a la democracia*, Madrid, CIS, 1982.
- LÓPEZ RODÓ, Laureano, *Política y desarrollo*, Madrid, Aguilar, 1971.
- MAINER, José Carlos y JULIÁ, Santos, *El aprendizaje de la libertad 1973-1986*, Madrid, Alianza, 2000.
- MARSÉ, Juan, *Viaje al sur*, Madrid, Lumen, 2020.
- MARTÍN GARCÍA, Óscar, *A tientas con la democracia. Movilización, actitudes y cambio en la provincia de Albacete, 1966-1977*, Madrid, La Catarata, 2008.
- MARTÍN GARCÍA, Óscar, «Awkward Alliances. Modernisation Theory and United States Foreign Policy Towards Franco's Spain in the 1960s», *Diplomacy & Statecraft*, 32, 2021, pp. 720-742.
- MARTÍNEZ ALIER, Joan, *La estabilidad del latifundismo: análisis de la interdependencia entre relaciones de producción y conciencia social en la agricultura latifundista de la campiña de Córdoba*, Ruedo Ibérico, París, 1968.
- MARTÍNEZ ARANDA, María Adoración, *De migraciones y chabolas: políticas de control y resistencias cotidianas en los suburbios madrileños durante la Dictadura franquista. Experiencias de vecinas en Vallecas*, Madrid, Universidad Autónoma de Madrid, Tesis Doctoral Inédita, 2020.
- MARTÍNEZ CUADRADO, Miguel. *Cambio social y modernización política. Anuario político español 1969*, Madrid, Cuadernos para el Diálogo, 1970.
- MARTÍN-SÁNCHEZ, Isabel, «El Seiscientos, un sím-

- bolo de la España del desarrollismo», *Historia Contemporánea*, 61, 2019, pp. 935-969.
- MOLINERO, Carme e YSÀS, Pere, «Movimientos sociales y actitudes políticas en la crisis del franquismo», *Historia contemporánea*, 8, 1992, pp. 269-280.
- MONTERO, Mercedes. «La publicidad española durante el franquismo (1939-1975). De la autarquía al consumo». *Hispania* 72-240, 2012, pp. 205-232.
- MUÑOZ SORO, Javier, «"Presos de las palabras". Republicanismo y populismo falangista en los años sesenta», en RUIZ CARNICER, Miguel Ángel (ed.), *Falange, las culturas políticas del fascismo en la España de Franco (1936-1975)*, Zaragoza, Instituto Fernando el Católico, 2013, pp. 343-364.
- OFER, Inbal, *Claiming the City and Contesting the State: Squatting, Community Formation and Democratization in Spain (1955-1986)*, Londres y Nueva York, Routledge, 2017.
- ORTEGA LÓPEZ, Teresa María y COBO ROMERO, Francisco, «La protesta de sólo unos pocos el débil y tardío surgimiento de la protesta laboral y la oposición democrática al régimen franquista en Andalucía Oriental, 1951-1976», *Historia Contemporánea*, 26, 2003, pp. 113-160.
- ORTIZ HERAS, Manuel y GONZÁLEZ MADRID, Damián A., «El mito de la política social franquista: vivienda, educación y seguridad social», en ORTIZ HERAS, Manuel (coord.) *¿Qué sabemos el franquismo?: estudios para comprender la dictadura de Franco*, Granada, Comares, 2021, pp. 43-67.
- PÉREZ DÍAZ, Víctor, *La primacía de la sociedad civil: El proceso de formación de la España democrática*, Madrid, Alianza, 1993.
- PÉREZ SÁNCHEZ, Yolanda, «Imagen propagandística en medios impresos de las políticas de vivienda social en España (1939-1954)», en LANERO TÁBOAS, Daniel (ed.), *De la chabola al barrio social. Arquitecturas, políticas de vivienda y actitudes sociales en la Europa del Sur (1920-1980)*, Granada, Comares, 2020, pp. 139-157.
- PITT-RIVERS, Julián, *Un pueblo de la sierra: Grazalema*, Madrid, Alianza Editorial, 1989.
- REIG CRUAÑES, José, *Identificación y alienación. La cultura política en el tardofranquismo*, Publicacions de la Universitat de València, Valencia, 2007.
- RICHARDS, Michael. *After the civil war. Making memory and re-making Spain since 1936*, Cambridge University Press, Cambridge, 2013.
- RODRIGO, Javier, *Generalísimo. Las vidas de Francisco Franco, 1892-2020*, Galaxia Gutenberg, Barcelona, 2022.
- RODRÍGUEZ LÓPEZ, Sofía, *El patio de la cárcel. La Sección Femenina de FET de las JONS en Almería (1937-1977)*, Sevilla, Centro de Estudios Andaluces, 2010.
- ROMÁN RUIZ, Gloria y HERNÁNDEZ BURGOS, Claudio, «De la miseria al bienestar». La memoria del hambre en la construcción y recepción del discurso del «progreso» durante el franquismo (1950-1975)», *Mélanges de la Casa de Velázquez*, 52/2, 2022, <https://journals.openedition.org/mcv/17963>.
- ROMÁN RUIZ, Gloria, «"Ni un español sin hogar". La política de construcción de viviendas sociales en el campo alto-andaluz durante el franquismo y su potencial para generar consentimiento entre la población», *Historia Social*, 92, 2018, pp. 63-80.
- ROMO PARRA, Carmen, «El hogar desarrollista, un mito. Relato sobre la modernización económica franquista en la construcción de la privacidad y la domesticidad», *Kamchatka. Revista de Análisis Cultural*, 18, 2021, pp. 151-176.
- RUEDA LAFFOND, José Carlos, «La codificación televisiva del franquismo: de la historia del entretenimiento a la historia como entretenimiento», *Historia Crítica*, 40, 2010, pp. 170-195.
- RUEDA LAFFOND, José Carlos, «Franquismo banal España como relato televisivo (1966-1975)», en ARCHILÉS, Ferran y SAZ, Ismael (eds.), *Naciones y Estado: la cuestión española*, Valencia, Universitat de València, 2014, pp. 225-244.
- SABIO ALCUTÉN, Alberto, «Cultivadores de democracia: Politización campesina y sindicalismo agrario progresista en España, 1970-1980», *Historia Agraria*, 38, 2006, pp. 75-102.
- SÁEZ MARÍN, Juan, *El Frente de Juventudes. Política de juventud en la España de postguerra (1937-1960)*, Madrid, Siglo XXI, 1988.
- SÁNCHEZ BIOSCA, Vicente, «Las culturas del tardofranquismo», *Ayer*, 68, 2007, pp. 89-110.
- YSÀS, «¿Una sociedad pasiva? Actitudes, activismo y conflictividad social en el franquismo tardío», *Ayer*, 68, 2007, pp. 31-57.

NOTAS

- ¹ A José Carlos Rueda Laffond, *in memoriam*.
- ² López Rodó, 1971, p. 75.
- ³ The National Archives of United Kingdom, (TNA), Foreign Office (FO) 371/136645, «Report on internal situation in Spain», 16-04-1958; «Internal situation», 08-11-1958.
- ⁴ *Ibidem*.
- ⁵ Juliá, 2008, pp. 263-264.
- ⁶ Martín García, 2021.
- ⁷ Castro Díez y Díaz Sánchez, 2017.
- ⁸ Sobre la potencialidad del mito del «Caudillo» asociado al desarrollismo, véase Cazorla, 2013, pp. 350 y ss.; y Rodrigo, 2022, pp. 324-339.
- ⁹ Hofmann, 2019, pp. 125-130.
- ¹⁰ Archivo General de la Administración (AGA), Presidencia, caja 51/01854, «Esquema de un plan de extensión de la propaganda política», 30 de abril de 1958, citado en Fuertes Muñoz, 2017, pp. 110-111.
- ¹¹ Fundación Nacional Francisco Franco (FNFF), Documento 24390, «Breve referencia para el Jefe del Estado sobre libro «Veinte años de Paz en el Movimiento Nacional bajo el mando de Franco», 1959.
- ¹² La cita en: «A los veinte años», ABC, 01-04-1959. Véase también, Delegación Nacional de Provincias, 1959.
- ¹³ Castilla Pérez, Ramón, «Paz para todos», *Boletín Informativo de la Jefatura Provincial del Movimiento de Málaga*, núm. 1, 01-01-1964.
- ¹⁴ AGA, Cultura, Dirección General de Información y Turismo, caja 21/36668, «Notas sobre las publicaciones conmemorativas de los XXV Años de Paz», 06-11-1963; y caja 21/36668, Actas de la Junta Interministerial para la celebración de los 25 años de paz española, diciembre de 1963.
- ¹⁵ Román Ruiz y Hernández Burgos, 2022.
- ¹⁶ Ver informes en Fuertes Muñoz, 2017, pp. 174-75.
- ¹⁷ Los entrecomillados en: S.A., 1959, pp. 3-4. Sobre el consumo y la publicidad: Alonso y Conde, 1994, pp. 160; y Montero, 2012.
- ¹⁸ Es el caso del *Seiscientos*: Martín-Sánchez, 2019, p. 950.
- ¹⁹ Martínez Cuadrado, 1970, p. 86; Hernández Burgos, 2013, pp. 289-290.
- ²⁰ Sánchez Biosca, 2007; y Hernández Burgos, 2024.
- ²¹ Rueda Laffond, 2010, pp. 173-176.
- ²² Estas dificultades ya se pusieron de relieve en Ysàs. 2007, esp. p. 36.
- ²³ Una visión general en Lanero Táboas, 2013, pp. 127-142.
- ²⁴ Lanero Táboas, 2021, pp. 21-22.
- ²⁵ Fandiño, 1999; y Pérez Sánchez, 2020.
- ²⁶ Algunas excepciones en: Molinero, 2005, pp. 136-143; Román Ruiz, 2018, pp. 73-119.
- ²⁷ TNA, FO, 371/124173 «Franco's regime housing policy», 28-03-1956.
- ²⁸ Así lo señala Fuertes Muñoz, 2020, pp. 217-218.
- ²⁹ Sobre la eficacia de estos actos véase: Román Ruiz, 2018, p. 77.
- ³⁰ Por ejemplo, AGA, Gobernación, caja 52/00509, Memoria del Gobierno Civil de Granada, año 1971.
- ³¹ TNA, Labour Affairs, 13/1772, «Political situation», 07-07-1961.
- ³² Véase: Fernández Carbajal, 2003, p. 645; y Lanero Táboas, 2021, p. 32.
- ³³ González Madrid y Ortiz Heras, 2017, 38-39; Ortiz Heras y González Madrid, 2021, pp. 52-55.; Del Arco Blanco y Román Ruiz, 2020.
- ³⁴ Román Ruiz, 2018, pp. 74-75; y 2020, pp. 103-104; Fuertes Muñoz, 2020, p. 210.
- ³⁵ Candel, 1972, pp. 100-102; Cabezas Vega, 2023; y Román Ruiz, 2018, p. 72.
- ³⁶ Véase especialmente: Romo Parra, 2021, esp. 156-157; Sobre la «cultura de la propiedad», Candela Ochotorena, 2019.
- ³⁷ De Dios Fernández, 2014; Gil Pérez, 2012.
- ³⁸ En este sentido se expresan testimonios como los recogidos en Fuertes Muñoz, 2020, pp. 222-23.
- ³⁹ Cazorla, 2010, p. 118.
- ⁴⁰ Archivo Histórico Municipal de Granada, Gobierno/Alcaldía, caja 4908, Correspondencia del alcalde, 1958-1964.
- ⁴¹ Véase FOESSA, 1966, p. 75. Cf., además, las quejas presentadas por algunos procuradores familiares en este mismo sentido: en Hofmann, 2019, pp. 357-358.
- ⁴² Por ejemplo: AGA, Gobernación, caja 44/11309, «Memoria del Gobierno Civil de Granada», 1960; o Goytisolo, 1962. Véase, también, Cazorla, 2010, p. 131.

- ⁴³ Sobre la influencia del chabolismo sobre las actitudes sociales, véase: Martínez Aranda, 2020.
- ⁴⁴ Al respecto: Cazorla, 2002, pp. 101-114.
- ⁴⁵ Aguilar Fernández, 1996; Reig Cruañes, 2007, p. 219.
- ⁴⁶ Richards, 2013, pp. 14-15; y Cazorla, 2010, p. 21.
- ⁴⁷ «Una paz conquistada», ABC, 04-01-1959.
- ⁴⁸ Gutiérrez Lozano, 2013, pp. 21-22; Rueda Laffond, 2014.
- ⁴⁹ Hernández Burgos, 2016.
- ⁵⁰ Los entrecorrellados en Real Academia de la Historia, Archivo Nueva Andadura, carpeta 35, doc. 3-A, Sevilla.
- ⁵¹ Archivo de la Hermandad Obrera de Acción Católica (AHOAC), caja 227, «Situación del obrero español y problemas del campo andaluz», 1956. Véase también Gómez Roda, 2002.
- ⁵² Martínez Alier, 1968, pp. 140-145; Pitt-Rivers, 1989.
- ⁵³ Citado en Hofmann, 2019, p. 148.
- ⁵⁴ Labour History Records (LAB), 13/1448, TNA. Labour History Records (LAB), Labour affairs, 31/05/1960, TNA LAB, 13/2751, «Social conflicts in Spain», 05-08-1974
- ⁵⁵ Véase FOESSA, 1970; López Pintor, 1982, pp. 70-80; López Pina y Aranguren, 1976, pp. 73-82. López Pintor y Buceta, 1975; Giner, 1990.
- ⁵⁶ Estas memorias han sido analizadas exhaustivamente por Cazorla, 2007.
- ⁵⁷ AGA, caja 44/11315, Gobernación, «Memoria del Gobierno Civil de Valencia», 1960; y caja 44/11330, «Memoria del Gobierno Civil de Segovia», 1962.
- ⁵⁸ AGA, Gobernación, caja 44/11460, «Memoria del Gobierno Civil de Jaén», 1963; caja 44/11456». Memoria del Gobierno Civil de Almería, 1963.
- ⁵⁹ AGA, Gobernación, caja 52/475, «Memoria del Gobierno Civil de Guipúzcoa», 1972.
- ⁶⁰ Sobre las actitudes frente a los campamentos: Sáenz Marín, 1988, p. 165. Para la Sección Femenina, Rodríguez López, 2010, pp. 282 y ss. y Barrera López, 2019, capítulo 10; Sobre «Educación y Descanso» véase Aguilar López-Barajas, 2021. El discurso y políticas de Falange en estos años ha sido analizado en Muñoz Soro, 2013.
- ⁶¹ Hernández Burgos, 2013, pp. 329-330. Fuertes Muñoz, 2017, pp. 119-127.
- ⁶² Por ejemplo: AHOAC, caja 80, «Situación Obrera», 02-11-1962.
- ⁶³ Archivo Histórico del Partido Comunista de España (AHPCE), Radio España Independiente (REI), 191a/7, «Carta desde Málaga» 06/11/1966. Véase también Fuertes Muñoz, 2017, pp. 179-183
- ⁶⁴ Marsé, 2020, p. 106.
- ⁶⁵ TNA, FCO, caja 9/1810, «Internal Situation», 23-08-1973.
- ⁶⁶ TNA, FO 371/130325, «Internal Situation», 04-04-1957.
- ⁶⁷ FOESSA, 1966.
- ⁶⁸ Véase Fuertes Muñoz, 2017, pp. 136-137.
- ⁶⁹ AHPCE, REI, caja 183/9, «XXV Años de Paz», Ceuta, 01-04-1964.
- ⁷⁰ Por ejemplo, AHPCE, REI, caja 175/6, Úbeda, 25-07-1963.
- ⁷¹ Citado en Molinero e Ysàs, 1992.
- ⁷² AGA, Gobernación, caja 473, «Memoria del Gobierno Civil de Barcelona», 1972.
- ⁷³ AGA, Cultura, Gabinete de Enlace, caja 673, «Ambiente político de Sevilla», 22-11-1967. Sobre la protesta del mundo rural: Ortega López y Cobo Romero, 2003 y, más recientemente, Ferrer González, 2020.
- ⁷⁴ Véase: Pérez Díaz, 1993; Mainer y Juliá, 2000, pp. 40 y ss.
- ⁷⁵ Herrera González de Molina, 2009; Sabio Alcutén, 2006.



Decoración navideña, con cartel «Paz», Cuenca (25-12-1964)
Procedencia: Memoria Local Biblioteca Municipal Cuenca



Spanisches Fremdenverkehrsamt, Düsseldorf (1961)
Procedencia: Biblioteca de la Facultad de Empresa y Gestión Pública de Huesca (Universidad de Zaragoza), Archivo Fotográfico de la Dirección General de Turismo



Jóvenes con Vespa en Huesca I (1964)

Procedencia: Mira Huesca



Jóvenes con Vespa en Huesca II (1964)

Procedencia: Mira Huesca